

El hombre que enseñaba

Sobre Arturo Fernández

El 08 de julio último falleció Arturo Fernández. Su aporte a las Ciencias Sociales sin lugar a dudas ha sido invaluable; en estos días durante distintos homenajes que se llevaron a cabo, todos han señalado ese aspecto, pero unido inmediatamente a otro: pocas personas en el ámbito académico han reunido tanta admiración y afecto por parte de sus colegas. Esto fue así porque Arturo nos enseñó a muchos de nosotros de un modo muy particular: a analizar y a comprender mejor la política de nuestra región y del mundo, sin perder la humanidad y la humildad en esa tarea.

Quiero escapar de las anécdotas personales vividas con Arturo, porque me pidieron estas líneas y sé que muchas y muchos colegas pudieron haberlo hecho mejor que yo y que, de seguro, tendrán tantas más experiencias de trabajo junto a él. Pero a todos no es difícil por igual no recordar por sobre todo su amabilidad, su disponibilidad bajo cualquier circunstancia y su tiempo para escuchar.

Pero tampoco me quiero detener exclusivamente en esos rasgos tan poco frecuentes en la sociedad. Porque Arturo Fernández fue uno de los hombres que dio forma a las Ciencias Sociales en la Argentina. Si bien estudió abogacía, abandonó el ejercicio de la profesión cuando comprendió que el derecho estaba pensado para el mantenimiento del statu quo y no para su transformación, como repitió más de una vez. Así, se fue a estudiar a Bélgica donde se doctoró en Ciencia Política. Volvió al país y luego partió como tantos al inicio de la dictadura. Regresó, luego de un recorrido que

incluyó Francia, Argelia, Honduras, Nicaragua y Perú; se radicó en la Universidad Nacional de Rosario donde fue decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales. Más tarde pasó a ser profesor de la carrera de Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires y su director. También ejerció la presidencia de la Sociedad Argentina de Análisis Político, SAAP. Mientras, era investigador del CONICET con asiento en el CEIL. Dio clases en varias universidades de la Argentina y de América Latina. ¿Se trata de recordar un *curriculum vitae*, un inventario de recorridos y actividades? Ciertamente no. Arturo transitó ese camino académico "ideal", pero concentró sus fuerzas en otros aspectos, y no se mostró nunca como un esclavo de las vanidades de la figuración. En primer lugar, formó parte de una generación que dio a los estudios sobre el sindicalismo, un vuelo que aun no tenía. Su nombre integra la lista de quienes vieron en el sindicalismo un actor a explicar y a analizar en profundidad, tantas veces tomado con superficialidad y prejuicios (incluso desde el propio campo académico). Ahí están sus libros y sus artículos, pero también sus tesis dirigidas. Y en este punto, quisiera detenerme. Arturo acompañó como director un muy alto número de tesis de maestría y de doctorado. Sus dirigidos destacan una presencia cercana y profesional. Seguramente, este trabajo no sea el más reconocido en el mundo intelectual y académico, pero es uno de los que más frutos silenciosos produce. Arturo le dedicó a la dirección, y a aconsejarnos a muchos de nosotros, una enor-

me voluntad y tiempo. No sé si fuimos lo suficientemente agradecidos.

La situación política de América latina, y de nuestro país en particular, fue también parte de su producción. Esa lectura, no fue ajena a sus propias opciones políticas orientadas hacia los espacios populares. Arturo tenía su opción política clara, a favor de las mayorías, del campo nacional y popular y, en particular, en el ámbito del mundo del trabajo; y también era clara su opción respecto a cómo ejercer ese compromiso. Nos legó nada menos que un estilo y una forma de ejercer en el campo académico, esto es, la vieja discusión sobre el “tipo de intelectual” y en particular una respuesta a la pregunta: ¿qué intelectuales produce el campo popular? Una cuestión reactivada en los últimos años, pero que Arturo, quizás sin planteárselo explícitamente, construyó du-

rante todos sus años de trabajo. En particular, cuando ser un intelectual de ese campo, no generaba la mayor valoración por parte de algunos sectores académicos.

Queda para todos nosotros, desde luego, el dolor de su ausencia. La humanidad desde siempre ha intentado llenar esos espacios; algunos de los que ya no están, nos ayudan en esa tarea. Arturo nos heredó no sólo toda su producción académica escrita, y para muchos de nosotros oída, sino todo el tiempo compartido, el afecto, la calidez y el compromiso con unas Ciencias Sociales al servicio de los poster-gados. Todo ello, nos seguirá acompañando.

Sergio De Piero

Buenos Aires, agosto de 2017